

La Iglesia católica en Cuba

John H. Kirk

Profesor. Universidad Dalhousie, Halifax, Canadá.

Según los análisis sociopolíticos tradicionales, el papel de la Iglesia Católica en la sociedad latinoamericana es de importancia fundamental. De hecho, tradicionalmente se presenta a la Iglesia, junto con el ejército y la oligarquía, como los baluartes del orden social y los agentes sociales más poderosos en la protección del *status quo*.

Aunque esto es indiscutiblemente así en casi toda América Latina, resulta importante reconocer desde un inicio que Cuba constituye una anomalía y que la Iglesia Católica en Cuba —a diferencia de sus contrapartidas en otros países— nunca ostentó la misma enorme influencia política.¹ En este trabajo se examinan los actuales intentos de la Iglesia por insertarse en la corriente central de la sociedad cubana, proceso que nunca ha alcanzado resultados particularmente exitosos. Dicho esto, su papel tradicional, desde su misión más temprana de legitimar la conquista española y ganar celosamente almas para Cristo, ha convertido a la Iglesia Católica en una fuerza social de bastante importancia. De hecho, aunque en la actualidad sólo del 1 al 2% de la población de Cuba residente en la Isla practica regularmente su fe, la influencia moral de la jerarquía católica es proporcionalmente mayor de lo que supondrían esas cifras.

El período colonial

A fin de apreciar tanto la influencia como la ineficacia general de la Iglesia Católica en Cuba, es importante estudiar el nicho sociopolítico que creó para sí en el período colonial. Su evolución en muchos sentidos constituye un paralelo de la “siempre fiel Isla” en el sentido de que su historia sufrió altibajos, en gran medida olvidada según se iban descubriendo otros territorios más prometedores. La Iglesia se aferró tenazmente entonces a su condición como actor social de importancia en una ciudad cuartel, desarrollando con cuidado un profundo orgullo de su “españolismo”. El resultado final de este proceso fue que, en esencia, se desarrolló una seca tradición conservadora, que se hizo especialmente notable después de las Guerras de Independencia en toda la América hispana, cuando regresaron a Cuba oleadas de colonizadores españoles trayendo consigo su ideología ortodoxa y una ferviente convicción en la necesidad de un gobierno colonial fuerte.

Durante los dos primeros siglos de gobierno colonial español en Cuba, la Iglesia hizo, en general, caso omiso del problema de la esclavitud, aunque algunas órdenes religiosas poseyeron rentables plantaciones. Valientes representantes de la Iglesia, como el “Protector de los indios” Fray Bartolomé de las Casas y Fray Antonio Montesinos, procuraron introducir un espíritu más humanitario en la concepción ideológica de sus colegas religiosos, aunque lograron pocos resultados positivos.

Durante todo el período colonial, la Iglesia procuró desarrollar una identidad propia, pero en general la pobre situación económica de Cuba, unida a la baja posición social de los representantes de la Iglesia, fueron causa de una existencia precaria. Informes como los de la visita pastoral realizada por el obispo Diego Sarmiento a su diócesis en 1544 o por el obispo Juan del Castillo en 1570 muestran hasta qué punto era desesperada la situación.² De hecho, durante toda la historia colonial, la Iglesia Católica renqueaba, brindando servicios religiosos para la acomodada clase rectora urbana, pero sin ser ella nunca acomodada —a diferencia de la Iglesia en muchos países de América continental— y sin que se le considerara

de particular importancia en el plano político.

Es importante señalar, sin embargo, que entre un puñado de obispos españoles existía una tradición definida de lo que hoy llamaríamos activismo social. El obispo Compostela (1687-1704), por ejemplo, creó varios orfanatos y escuelas, incluido el influyente Seminario de San Ambrosio. Su colega, el obispo Morell de Santa Cruz (1753-1768), sirvió de inspiración para muchos, por su firme oposición a la ocupación británica de 1762-1763. El obispo Espada (1802-1832) condenó la esclavitud y fomentó una tendencia modernizadora en la educación cuando enseñaba —en ocasiones con una asistencia de 600 estudiantes— en el Colegio Seminario de San Carlos y San Ambrosio, claramente centro de gran parte de las actividades tendientes a la formación de la nacionalidad.

La imagen que emerge de la Iglesia Católica en el siglo XIX, sin embargo, es en general poco halagüeña: era corriente una amplia indiferencia a la vida religiosa (a fines del siglo, un obispo calculaba que sólo 3 000 almas de las 200 000 de la archidiócesis de La Habana asistían regularmente a misa), los sacerdotes solían vivir en general en circunstancias económicas difíciles y, aunque una minoría del clero instaba a una actualización de la función de la Iglesia, la mayoría se aferraba firmemente a una tradición secular que el curso de la historia dejaba rápidamente atrás.³

La Iglesia entre 1898 y 1958

La Guerra Hispano-Cubano-Americana de 1895 a 1898, junto con la lucha revolucionaria contra la dictadura de Batista, son hitos de utilidad para el análisis de la actitud de la Iglesia Católica. En el momento de la guerra contra España, mientras muchos sacerdotes párrocos, sobre todo los nacidos en Cuba, apoyaban la causa de los mambises, la vasta mayoría del clero —y muy claramente la alta jerarquía— se oponía férreamente a ésta, aferrada de nuevo tenazmente a sus tradiciones españolas.

Después de la retirada de las fuerzas estadounidenses en 1902, la Iglesia Católica dio inicio al proceso gradual de restablecer sus posiciones. Había ahora competencia, representada por el influjo de iglesias protestantes estadounidenses y, por supuesto, la Iglesia Católica tenía que dejar atrás su defensa abierta del control español en la Isla. Con la ayuda que representó la entrada de inmigrantes españoles en busca de fortuna,⁴ este proceso fue tomando establemente forma. Para mediados del decenio de 1920, la Iglesia había asumido de nuevo un notable perfil social, no sólo por la entrada regular de inmigrantes españoles, sino también por sus escuelas privadas, que se tenían en muy alta estima y a las cuales enviaba sus hijos casi toda la clase media.

Durante los decenios de 1940 y 1950 creció la fortuna de la Iglesia. Se concertaron astutas alianzas políticas con los dirigentes de turno, sobre todo durante las presidencias de Grau y Prío (1944-1952). De hecho, después del golpe de Batista en 1952, se desarrolló una relación de trabajo similar, con la notable excepción del arzobispo de Santiago de Cuba, monseñor Pérez Serantes, quien condenó las atrocidades que se cometieron después del ataque al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, e intervino personalmente para garantizar que se respetara la vida de Fidel Castro.

La reacción de la Iglesia a la dictadura de Batista constituyó, en alguna forma, un paralelo de sus posiciones en relación con la lucha por la independencia, con una división de opiniones claramente visible. Tres obispos, por ejemplo, estaban firmemente a favor de la renuncia de Batista, mientras que sus colegas —incluido el Cardenal Arteaga— se oponían con firmeza a ella. Muchos católicos lucharon contra la dictadura y muchos —entre ellos el dirigente estudiantil José Antonio Echeverría— estuvieron entre los 20 000 que se calcula murieron.⁵ Los protestantes estaban también divididos políticamente. Algunos, como Frank País, bautista practicante, participaban activamente en el clandestinaje —en

su caso, a costa de su propia vida— mientras la mayoría prefería no participar en la lucha política.

No sólo estaba dividida la Iglesia en lo tocante a la condena a Batista, sino que era evidente que también necesitaba definir sus prioridades. De hecho, dos encuestas realizadas por la Agrupación Católica Universitaria en 1954 y 1957 mostraban que la Iglesia era urbana en esencia, estaba en gran medida dirigida por el clero español y, por medio de sus escuelas privadas, atendía principalmente a la burguesía, al tiempo que se encontraba seriamente ausente en las zonas rurales.⁶ En vísperas de la Revolución, y sólo unos pocos años antes del trascendental Segundo Concilio del Vaticano, la Iglesia Católica encaraba evidentemente desafíos importantes en Cuba, a pesar de su apariencia de bienestar económico. Estos problemas ocuparían una posición de primera línea a medida que el proceso revolucionario fue asumiendo el control del país, despojando a la Iglesia de todos sus privilegios y alienando rápidamente a muchos de sus miembros —y del clero— que escogieron abandonar Cuba.

La evolución de la Iglesia católica en Cuba revolucionaria

Los años de 1959 a 1992 presenciaron algunos cambios drásticos en el papel y la fortuna de la Iglesia, según luchaba para definir su papel en una sociedad que se polarizaba rápidamente. Con la declaración de la naturaleza socialista de la Revolución —sobre todo al calor de la Guerra Fría— y la nacionalización del sistema escolar —la sustentación económica de la Iglesia—, por no mencionar las presiones oficiales que se ejercieron en todo momento contra los cristianos que practicaban su religión, la Iglesia se ha visto sometida a difíciles pruebas durante estos treinta y cuatro años. A continuación se presenta una breve sinopsis de las diversas etapas de este proceso evolutivo, en el que la Iglesia procuraba definir su misión en un sistema político que en muchos sentidos era hostil a su existencia, aunque con el cual se logró un acuerdo de trabajo.

Es importante reconocer que el papel de la Iglesia en Cuba revolucionaria nunca ha sido fácil y su relación con el Gobierno se ha visto afectada, dado que los objetivos de ambos difieren y en ocasiones se oponen. Tal vez la mayor tragedia de la Iglesia en Cuba haya sido que la Revolución se produjera unos tres años antes de que se iniciara el Segundo Concilio del Vaticano (1962-1965) y no después. De hecho, muchos de los importantes cambios que emanaron del Concilio fueron el resultado de una comprensión del Vaticano, en aquel momento dirigido por el Papa Juan XXIII, de que la “antigua forma de hacer las cosas”, según se observaba muy claramente en la Cuba prerrevolucionaria, ya no era aceptable y que, por lo tanto, era hora de una modernización radical de la Iglesia. Por supuesto, se trata de un punto discutible, pero resulta fascinante especular qué hubiera ocurrido con la Iglesia si la Revolución se hubiese producido después del Segundo Concilio y, por supuesto, si Juan XXIII hubiera vivido más para guiar a la Iglesia por la vía del *aggiornamento*.

Lo que resulta evidente en un análisis de la naturaleza de la Iglesia Católica en la Cuba de 1959 es que su propia existencia se encontraba en peligro. La privatización de las escuelas que habían aportado un importante financiamiento y gran prestigio social fue un desastre para la Iglesia. También lo fue la polarización de la sociedad como consecuencia de las medidas revolucionarias promulgadas en favor de los pobres, y en gran medida a expensas de las clases medias, el principal apoyo de la Iglesia. El posterior éxodo de la mayoría de los profesionales de Cuba privó a la Iglesia de su base de apoyo económico y social, mientras las declaraciones de Fidel Castro respecto al carácter socialista (abril de 1961) y marxista-leninista (diciembre de 1961) de la Revolución, desmoralizaron, como cabe suponer, a la dirección de la Iglesia. La internacionalización de la situación cubana —tipificada en la decisión de Washington de romper relaciones

diplomáticas con la Cuba de Fidel Castro y el apoyo de Moscú a la Revolución— acentuaron aún más el creciente aislamiento de la Iglesia.

Cabe presentar algunos rasgos históricos generales para ilustrar este desarrollo del papel de la Iglesia en la Cuba revolucionaria y, por lo tanto, se presenta un bosquejo algo esquemático. Al seguir esta evaluación cronológica, sin embargo, es menester recordar algunas constantes: el papel tradicionalmente marginal de la Iglesia; su base de apoyo mayormente de clase media urbana; la falta de vocación religiosa en Cuba y la consecuente dependencia del clero español, significativamente formado en la España de Franco; la ola de críticas dirigidas por el gobierno hacia las actividades de la Iglesia, sobre todo a partir de 1960; una política de hostigamiento institucional contra los cristianos practicantes; un dogmatismo ideológico sustentado por sectores del Gobierno revolucionario en lo relacionado con las actividades de la Iglesia y un clima político que era en general hostil a su misión.

Puede decirse que el período de 1959 a 1961 se inició con esperanzas artificialmente grandes del sector de la Iglesia, que se deterioraron rápidamente a mediados de 1959, en una creciente espiral de desconfianza, invectivas y denuncias. Al principio, los dirigentes de la Iglesia —sobre todo el influyente Arzobispo de Santiago de Cuba, Pérez Serantes, quien era amigo de la familia Castro— apoyaron los objetivos del Gobierno Revolucionario. Pronto, sin embargo, la Iglesia denunció los crecientes lazos con la Unión Soviética, así como la nacionalización masiva de la propiedad, y las reformas educacionales radicales a las que se oponían ampliamente. Para diciembre de 1960, estaban trazadas las líneas de batalla entre el “comunismo ateo” del Gobierno Revolucionario y lo que algunos llamaban irónicamente “la Iglesia de Washington”.

En 1961 la crisis se profundizó en forma notable. Washington rompió relaciones diplomáticas el 3 de enero y a mediados de abril se produjo la invasión de Bahía de Cochinos, patrocinada por los Estados Unidos. La presencia de tres sacerdotes españoles entre éstos, la presentación de la misión de los exiliados como una cruzada religiosa y la cruz que llevaban los uniformes en el brazo, eran todas indicio de la firme oposición de la Iglesia al Gobierno Revolucionario. Por su parte, el Gobierno continuó su campaña de denuncia en los medios oficiales de comunicación, incitó a los cubanos a no participar en actividades religiosas y, en general, procuró intimidar a la Iglesia. Muchos sacerdotes y religiosos respondieron abandonando el país, mientras otros —una minoría— fueron expulsados y, por supuesto, la huida de católicos de clase media continuaba sin merma.

Entre 1962 y 1969 la Iglesia procedió a un período de introspección y autoexamen. Fue un proceso doloroso, porque abrió muchas heridas y reveló muy claramente la necesidad de aceptar la realidad, con verrugas y todo. Incitada por un activo nuncio papal, monseñor Cesare Zacchi, la dirección de la Iglesia decidió adoptar un modelo religioso más de acuerdo con el mundo posterior al Segundo Concilio y ver cómo el Gobierno Revolucionario respondía a sus iniciativas.

En el período de 1969 a 1978 la Iglesia abandonó su papel tradicional, procuró proclamar su apoyo a algunas de las reformas implantadas por el proceso revolucionario, mientras hacía silencio en lo tocante a algunas de sus críticas, y en general intentó aceptar a la Cuba socialista. A instancias de Zacchi, la jerarquía criticó el bloqueo de los Estados Unidos a Cuba —primera vez que hacían algo así los dirigentes de la Iglesia, quienes siempre adoptaron el lado estadounidense en la dinámica de la Guerra Fría— e instaron a los católicos a que se integraran al proceso revolucionario.

La culminación de este drástico cambio se produjo en el período comprendido entre 1979 y 1987, cuando la dirección de la Iglesia hizo todo lo posible por mostrar apoyo a la Revolución Cubana y demostrar su pertinencia en relación con ella. Para ello contó con la ayuda de los cambios que se producían en la Iglesia Católica en América Central, puesto que muchos de los más férreos miembros del Partido Comunista de Cuba contemplaban con sorpresa la contribución del sector progresista religioso a la lucha política. El derrocamiento de la dictadura de Somoza en Nicaragua y la contribución de

muchos sacerdotes y religiosos al Gobierno Sandinista —principalmente el Ministro de Cultura, Ernesto Cardenal, su hermano Fernando, Ministro de Educación, y Miguel D'Escoto, Ministro de Relaciones Exteriores— abrieron los ojos por igual a muchos miembros del Gobierno y de la Iglesia en La Habana sobre lo que acontecía en la arena política.

Posteriormente, las jerarquías de la Iglesia y el Gobierno se tendieron multitud de ramas de olivo de gran significación. Se concertaron reuniones —las primeras en muchos años— entre Fidel Castro y dirigentes de la Iglesia; los seminaristas fueron a cortar caña junto a miembros de la Unión de Jóvenes Comunistas; los informes de prensa en los medios oficiales se hicieron en extremo favorables; una pléyade de notables de la Iglesia de América Latina, América del Norte y el Vaticano visitaron Cuba.

Dos sucesos se destacan por su singular importancia en este período de diálogo. El primero —y a todas luces el más importante— se produjo en febrero de 1986 y fue el Encuentro Nacional de la Iglesia Cubana, al que asistieron casi 200 representantes de la Iglesia de toda la Isla, en que el presidente de la Conferencia Episcopal Cubana, Monseñor Adolfo Rodríguez, perfiló un tono de apertura y compromiso hacia el Gobierno Revolucionario, aunque con importantes críticas de los problemas sociales actuales.⁷ El segundo hecho significativo fue la publicación por el Consejo de Estado en 1985 de *Fidel y la religión*, 379 páginas de entrevistas realizadas por el clérigo lego brasileño Frei Betto a Fidel Castro, lo que en muchos sentidos fue la autorización oficial del Gobierno al acercamiento que se estaba produciendo. Evidentemente, se abría un espacio político para la Iglesia, con la salvedad tácita, sin embargo, de que no abusara de ese derecho.

Entre 1987 y 1992 se produjo un enfriamiento evidente de las relaciones entre los dirigentes de la Iglesia y del Gobierno, a pesar de algunos sucesos de importancia. Desde 1992, por ejemplo, ha sido posible que los miembros del Partido Comunista sean cristianos practicantes.⁸ Del mismo modo, la visita realizada en 1992 por el Cardenal Roger Etchegaray, presidente del consejo Cor Unum del Vaticano, que coordina programas de ayuda humanitaria, demostró el interés sostenido de Roma en promover el diálogo con el Gobierno. En general, sin embargo, la promesa de mediados de 1980 no se ha hecho realidad. Un símbolo útil de este deterioro en el perfil de la Iglesia ha sido la frecuente posposición de la visita a Cuba del Papa Juan Pablo II, evidentemente descontento con el Gobierno Revolucionario de Cuba y muy probablemente con su supervivencia a pesar de la desaparición del antiguo bloque soviético.

La relación entre Gobierno e Iglesia se congeló una vez más tras la carta pastoral de la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba, “El amor todo lo espera”, del 8 de septiembre de 1993. El comunicado, crítico de la crisis económica y moral del país, fue mal recibido por el Gobierno. Todavía no se han superado las sospechas del pasado, y las críticas de la Iglesia —por muy constructivas y sensibles que sean— tienden a fortalecer estas sospechas tan arraigadas. Por su parte, la Iglesia ve en la reacción oficial una prueba clara de sus propias sospechas respecto a la mano dura del Gobierno.

La Iglesia ha alentado a quedarse en Cuba a los cubanos que quieren emigrar. Desde hace treinta años ha condenado el bloqueo estadounidense. Y se ha ofrecido para mediar con la comunidad cubana en el extranjero. Al mismo tiempo, ha demostrado que está dispuesta a criticar al Gobierno, y ha sancionado la crisis que aprecia en la sociedad cubana.

La base de apoyo a la Iglesia se ha incrementado en años recientes. Cuando Jaime Ortega fue nombrado cardenal, en 1994, cerca de 10 000 personas acudieron a la misa de celebración. Se estima que hay unos 150 000 católicos que practican su fe de manera regular, y que se están formando unos 60 seminaristas en la Isla.

Es difícil de predecir el futuro de la Iglesia en Cuba. Muy probablemente, crecerá el número de sus fieles. Varias razones explican este fenómeno. Las iglesias reciben donaciones de medicamentos del extranjero, lo que les permite suministrar su propia ayuda al pueblo. Muchas personas, ante el derrumbe del campo socialista, buscan en la espiritualidad religiosa una explicación de sus vidas. Algunos desafectos a la Revolución recurren a la iglesia en lugar de incorporarse a

los pequeños grupos disidentes. El desafío para la Iglesia consiste en poder asumir esta transformación sin caer en la trampa de considerarse más importante de lo que realmente es, y dejarse arrastrar por un sentimiento triunfalista.

Conclusión

A diferencia de la situación en la mayor parte de América Latina, la Iglesia Católica nunca desempeñó un papel político prominente en Cuba. Tampoco tiene el catolicismo la aceptación popular que posee en otros países de la región, a pesar del hecho de que un porcentaje importante de la población evidentemente posee creencias espirituales que se apartan del materialismo científico del Gobierno Revolucionario. Durante toda la historia de la Cuba anterior a la Revolución, la Iglesia desempeñó un papel marginal. Poseía una base urbana —principalmente sus escuelas privadas, a las que asistió gran parte de la dirección del Partido Comunista, incluidos Fidel Castro y Carlos Rafael Rodríguez—, se dirigía sobre todo a las clases medias, y un clero extranjero, principalmente español, dominaba sus filas. En la Cuba revolucionaria, las tradiciones conservadoras de la Iglesia se oponían claramente al conjunto de reformas radicales que en esencia negaban su propia razón de ser... y limitaban aún más su papel, ya de por sí débil. El resultado ha sido una dinámica de incómoda tregua entre el Gobierno y la Iglesia, según ésta ha procurado —aunque con éxito limitado— definir su misión en una sociedad socialista latinoamericana.

A lo largo de su historia, la Iglesia Católica en Cuba ha procurado definir su misión en un territorio más bien inhóspito y ajeno. La dirección de la Iglesia, que siempre careció de la amplia aceptación popular que encuentra en otros lugares, obstaculizada por una falta de vocaciones religiosas y —a pesar de importantes excepciones— siempre apoyando el *status quo* —primero contra los mambises y luego contra el Gobierno Revolucionario a principios del decenio de 1960— no entendió la marea de la historia de Cuba. En los últimos treinta años, sin embargo, la Iglesia ha definido su misión y procurado coexistir con el sistema socialista —e incluso contribuir con él— aunque sin dejar de albergar severas reservas en relación con el proceso revolucionario. Una vez que determine su programa y aclare su misión, sin embargo, no es evidente cuál será el papel preciso que desempeñará, si acaso desempeña alguno, en la sociedad revolucionaria cubana que en estos momentos encara su peor crisis en más de treinta años.

Traducción: María Teresa Ortega.

Notas

1. Este ensayo se concentra casi por entero en la Iglesia Católica en Cuba, aunque hace algunas referencias a la Iglesia Protestante. No examina las características complejas —y poco comprendidas— de las religiones sincréticas que combinan el catolicismo con expresiones de religiones folklóricas llevadas originalmente a Cuba por los esclavos africanos. Este fenómeno, ampliamente conocido como Santería, tiene en Cuba raíces profundas y disfruta de una aceptación pública bastante extendida.

2. Para un breve debate sobre este período, véase John H. Kirk, *Between God and the Party: Religion and Politics in Revolutionary Cuba*, Gainesville: University Press of Florida, 1989: 5-11.

3. Para una fascinante ojeada a la Iglesia Cubana a fines del siglo XIX, véase Manuel Maza Miguel, S. J. *El alma del negocio y el negocio del alma: testimonios sobre la Iglesia y la sociedad en Cuba, 1878-1894*, Santiago, República

Dominicana: Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, 1990.

4. Entre 1907 y 1919, por ejemplo, la población de Cuba aumentó aproximadamente de 2 028 930 a 2 889 004 habitantes. Véase Juan Martín Leiseca, *Apuntes para la historia eclesiástica de Cuba*. La Habana: Carasa y Cia, 1938: 96.

5. Para un breve análisis de la dinámica entre los miembros de la Iglesia en esta época, véase Kirk, Op. cit.: 48-53.

6. Véase Oscar A. Echevarría Salvat, *La agricultura cubana, 1934-1966: régimen social, productividad y nivel de vida del sector agrícola*, Miami: Ediciones Universal, 1971: 15, y Kirk, Op. cit.: 45.48.

7. Monseñor Rodríguez explicó el tipo de Iglesia que procuraban fomentar en Cuba: “Una Iglesia que desea ser misionera, ya que de no ser así sería meramente una secta [...] Una Iglesia que desea ser una parte real de nuestro pueblo, porque si no siguiera ese camino, sin dudas sería el opio de las masas y dejaría de ser la verdadera Iglesia [...] La Iglesia cubana, por necesidad pues, debe ser la Iglesia de la apertura, la Iglesia del diálogo y la participación, con la mano extendida [...] y sus puertas abiertas”. Véase el “Discurso inaugural pronunciado por Mons. Adolfo Rodríguez”, Encuentro Nacional Eclesial Cubano, *Documento final*, La Habana: (mimeografiado.) 1986: 7.